

TRABAJO FINAL
**LICENCIATURA EN CIENCIA
POLÍTICA**

***Análisis de la Concentración de
Poder en la Política Argentina
durante el periodo 2003-2011.***

¿Cómo se manifiesta la ley de hierro de Michels en el fortalecimiento del poder presidencial en Argentina durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner?

CAPOBLANCO DIEGO ARIEL

Abstract:

Esta tesis explora las dinámicas de poder en los partidos políticos argentinos durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (2003-2011) a través de la Ley de Hierro de Michels. Se analiza cómo la concentración de poder y la burocratización han impactado la calidad democrática en el país, generando una desconexión entre las bases y las élites políticas. Utilizando un enfoque metodológico que combina el análisis teórico y empírico, se evidencia que, a pesar de un entorno democrático consolidado, las prácticas oligárquicas han limitado la participación y el pluralismo. Esta investigación destaca la necesidad de reformas que fortalezcan la representación política y fomenten la inclusión ciudadana, contribuyendo al debate sobre los desafíos de la democracia en Argentina.

Palabras Claves:

Ley de Hierro de Michels, concentración de poder, kirchnerismo, calidad democrática, participación ciudadana, oligarquía.

Objetivo General:

Analizar cómo la Ley de Hierro de Michels se manifiesta en la centralización del poder político en el sistema democrático argentino entre 2003 y 2011, y cómo estas dinámicas han afectado la calidad democrática del país.

Objetivos Particulares:

1. Examinar el marco teórico de la Ley de Hierro de Michels y su aplicación en organizaciones políticas, en particular en el contexto argentino.
2. Contextualizar el periodo político argentino entre 2003 y 2011, destacando las transformaciones del sistema de partidos y los procesos de centralización del poder en torno al peronismo.
3. Analizar las elecciones presidenciales de 2003, 2007 y 2011 para identificar cómo las dinámicas oligárquicas se manifestaron a través de la concentración del poder.
4. Investigar los mecanismos de control institucional y el impacto de la participación ciudadana en la representación política durante el kirchnerismo.

1. Introducción

La historia política de Argentina está profundamente influenciada por la interacción entre los ideales democráticos y las complejas dinámicas de poder. Desde el retorno a la democracia en 1983, el país ha transitado un proceso de transformación política caracterizado por el fortalecimiento de liderazgos individuales y la consolidación de estructuras burocráticas, lo cual ha generado una notoria desconexión entre las bases ciudadanas y las cúpulas partidarias. Este fenómeno, lejos de ser exclusivo del contexto nacional, puede contextualizarse teóricamente a través de la Ley de Hierro de la Oligarquía, planteada por Robert Michels. Según esta teoría, a medida que las organizaciones crecen y se burocratizan, el poder tiende a concentrarse en manos de una élite, lo que pone en tensión los principios de eficiencia organizacional y democracia interna. Ante este marco teórico, surge la pregunta: ¿en qué medida las dinámicas oligárquicas descritas por Michels se manifiestan en los partidos políticos argentinos durante las elecciones presidenciales de 2003, 2007 y 2011, y cuáles son las implicancias de este fenómeno para la calidad de la democracia en el país?

El tema central de esta investigación es analizar cómo se expresan las dinámicas de poder en los principales partidos políticos argentinos bajo el prisma de la Ley de Hierro de Michels, particularmente durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Este periodo, marcado por la consolidación de liderazgos carismáticos y el reordenamiento del sistema político en torno a estructuras centralizadas, representa un terreno fértil para examinar las tensiones entre la burocratización partidaria, la concentración del poder y los ideales democráticos. La relevancia de este análisis radica en explorar cómo dichas dinámicas afectaron la calidad democrática en un contexto caracterizado por una relación históricamente frágil entre representantes y representados.

El objetivo principal de esta tesis es evaluar la aplicabilidad de la Ley de Hierro de Michels en el contexto argentino, analizando cómo sus postulados se reflejan en las dinámicas de poder durante las elecciones presidenciales de 2003, 2007 y 2011, y cómo estas afectan los procesos democráticos. Para alcanzar este objetivo, la investigación propone, en primer lugar, examinar los mecanismos de centralización y control dentro de las estructuras partidarias; en segundo lugar, estudiar el impacto de estos mecanismos en la participación ciudadana y en la toma de decisiones políticas; y, finalmente, analizar los

retos democráticos derivados de estas dinámicas, conectando los hallazgos con los principios teóricos de Michels.

La metodología adoptada combina un análisis crítico y comparativo de literatura académica con estudios históricos y políticos del periodo en cuestión. A partir de una revisión exhaustiva de fuentes primarias y secundarias, como libros, artículos académicos y documentos históricos, se analizan elecciones presidenciales sucesivas y sus contextos sociopolíticos, complementando esta perspectiva con un enfoque crítico centrado en las dinámicas internas de los partidos políticos. Esto permite examinar de manera integral cómo las tendencias oligárquicas descritas por Michels se plasman en las estructuras políticas argentinas y sus consecuencias para el sistema democrático.

El presente trabajo se estructura en varios capítulos que abordan las distintas aristas del problema de investigación. En el capítulo 2, se desarrolla el marco teórico, centrado en los fundamentos y principios básicos de la Ley de Hierro de Michels, así como en su aplicación a organizaciones políticas. El capítulo 3 contextualiza el periodo político argentino entre 2003 y 2011, destacando las transformaciones del sistema de partidos y los procesos de centralización del poder en torno al peronismo. En el capítulo 4, se analiza cómo se manifiestan las dinámicas oligárquicas en las elecciones presidenciales de 2003, 2007 y 2011. El capítulo 5 profundiza en los mecanismos de control institucional y las implicancias de la participación ciudadana en estas dinámicas de poder. Finalmente, el capítulo 6 reflexiona sobre los desafíos para la democracia argentina, sintetizando los hallazgos principales de esta investigación.

2. La Ley de Hierro de Michels

La exploración de la dinámica del poder en las organizaciones políticas se centra en la Ley de Hierro de Michels, que revela cómo la burocratización y la centralización del poder conducen a la formación de élites dirigentes, limitando la participación democrática. A través de un análisis de las estructuras y prácticas del peronismo durante el período kirchnerista, se desvela cómo estas tendencias han influido en la política argentina, generando una desconexión entre las bases y la cúpula. Los subcapítulos posteriores profundizan en los fundamentos de esta teoría y sus manifestaciones concretas en el contexto argentino, enfatizando los desafíos que enfrenta la democracia en términos de representación y renovación (Michels, 2021)

2.1 Fundamentos y Principios Básicos

La teoría de la Ley de Hierro de Michels establece que el crecimiento y la complejidad de las organizaciones políticas conducen inevitablemente a la concentración del poder en las élites dirigentes. Esto se debe a la necesidad de especialización en la toma de decisiones, lo que fortalece el control de los líderes en detrimento de la participación democrática de las bases. En el caso argentino, este fenómeno es particularmente visible en la burocratización y centralización del poder en los principales partidos políticos, donde se prioriza la eficiencia operativa sobre la consulta amplia y participativa. (Guzmán, 2023; Mazzuca, 2002).

En este sentido, Michels argumenta que el proceso de burocratización dentro de las organizaciones políticas no solo centraliza el poder, sino que también excluye progresivamente a las bases de la toma de decisiones, lo que produce una desconexión entre estas y la élite gobernante (Guzmán, 2023; Mazzuca, 2002). Al priorizar la autoridad de la cúpula sobre la deliberación democrática, se refuerza el poder de líderes carismáticos, lo cual, aunque estratégico para mantener el control partidario, debilita los mecanismos de representación interna.

La psicología de las masas, según Michels, también desempeña un papel central en este proceso, dado que estas suelen depender de un liderazgo fuerte para resolver problemas complejos, lo que facilita la consolidación de figuras carismáticas (Guzmán, 2023). En Argentina, esta tendencia estuvo claramente representada por el liderazgo de Néstor Kirchner, quien no solo centralizó las decisiones, sino que también estableció las bases de un culto a la personalidad que posteriormente permitió a Cristina Kirchner heredar y consolidar la conducción del Partido Justicialista y del Frente para la Victoria. Este tipo de liderazgo, si bien eficaz, refuerza la centralización del poder y limita la deliberación democrática dentro de las estructuras partidarias.

El carisma, además, se utilizó como una herramienta para reforzar la conexión entre la élite dirigente y las masas, aunque esta conexión se basaba más en la dependencia que en la participación activa. Por ejemplo, políticas redistributivas como la Asignación Universal por Hijo implementada durante el kirchnerismo sirvieron para consolidar el apoyo popular, pero también intensificaron la dinámica de subordinación entre las bases y los líderes, según lo teorizado por Michels (Svampa, 2019; Guzmán, 2023). Este

mecanismo de dependencia personalista, aunque garantiza el control político a corto plazo, erosiona la capacidad de las bases para influir en la toma de decisiones, consolidando una estructura jerárquica que es característica de las organizaciones oligárquicas.

Un elemento central identificado por Michels es la tendencia de las élites dirigentes a cerrar el acceso a la competencia interna con el objetivo de mantener su hegemonía. Este fenómeno es evidente en el caso argentino, donde los Kirchner desplegaron estrategias de disciplinamiento político para neutralizar oposiciones internas dentro del peronismo. El mecanismo de exclusión fue acompañado por el uso de recursos estatales y partidarios que reforzaron su control sobre las estructuras de poder, consolidando así su liderazgo individual y colectivo (Mazzuca, 2002; Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Guzmán, 2023). Esta dinámica interna subraya cómo las estructuras jerárquicas se utilizan para perpetuar la influencia de la cúpula dirigente, limitando aún más las oportunidades de renovación democrática dentro del sistema político (Acebey Marinaro, 2023).

La relación entre la personalización del poder y la centralización administrativa, según Michels, también se refleja en América Latina, donde el acceso al poder suele ser democrático, pero su ejercicio tiende a ser personalista. En el caso argentino, esta transición hacia un modelo patrimonialista debilitó la funcionalidad institucional al concentrar el poder en una élite. Así, el principal desafío radica en la forma en que el liderazgo político evolucionó hacia un modelo que refleja las características de dominación; donde las decisiones clave recaen en la cúpula dirigente en lugar de las bases (Mazzuca, 2002; Guzmán, 2023).

Finalmente, la consolidación del poder kirchnerista no solo estuvo mediada por la burocratización y la centralización, sino también por el discurso político. Néstor Kirchner utilizó el término "pueblo" para construir un vínculo emocional con sectores afectados por la crisis de 2001, lo que no solo le permitió ganar legitimidad, sino también reforzar su posición como líder carismático (Muñoz & Retamozo, 2008). Este uso estratégico del discurso político refleja la capacidad de las élites para manipular las dinámicas de representación a su favor, consolidando aún más el patrón oligárquico en el sistema político argentino.

2.2 Burocratización y Oligarquía en Organizaciones Políticas

La burocratización dentro de las organizaciones políticas refuerza estructuras jerárquicas al concentrar el poder y las decisiones en una élite dirigente. Esto ocurre porque la creciente complejidad de los procesos administrativos y la especialización requerida limitan severamente la capacidad de las bases para participar activamente en la toma de decisiones, fortaleciendo así el dominio de las cúpulas partidarias. En el contexto argentino, este fenómeno resultó particularmente evidente bajo los liderazgos de Néstor y Cristina Kirchner, quienes consolidaron un control centralizado dentro del Partido Justicialista. Durante este periodo, las dinámicas internas del peronismo fueron reorganizadas para facilitar la unificación del poder alrededor de los Kirchner, ilustrando claramente cómo las estructuras jerárquicas descritas por Michels se materializan en sistemas políticos contemporáneos (Guzmán, 2023; Ollier, 2014).

La desconexión entre la cúpula política y las bases sociales es una consecuencia directa de este proceso de burocratización, un fenómeno que se traduce en un dominio prácticamente incuestionable de las élites dirigentes. Michels señala que esta desconexión beneficia a quienes están en el poder, ya que les permite manipular recursos y narrativas a su favor, restringiendo las posibilidades de oposición interna. En este sentido, el kirchnerismo utilizó estos mecanismos de manera eficaz para disciplinar y unificar sectores disidentes dentro del Frente para la Victoria, asegurando un control significativo sobre las mayorías legislativas. Estas dinámicas no solo limitaron el pluralismo interno, sino que también consolidaron una hegemonía política a través de la exclusión de voces disidentes, fortaleciendo el modelo oligárquico dentro del sistema partidario argentino (Mazzuca, 2002; Acebey Marinaro, 2023; Ollier, 2014).

Las dinámicas internas de poder en los partidos políticos argentinos, especialmente la exclusión de nuevas voces y liderazgos emergentes, han servido para consolidar la permanencia de las élites dirigentes en el control del poder. Esto es particularmente evidente en la figura de Néstor Kirchner, quien integró y, en algunos casos, neutralizó a liderazgos disidentes dentro del peronismo, utilizando su control sobre los bloques legislativos y otras estructuras partidarias para garantizar su hegemonía política. Este proceso pone de manifiesto cómo las estructuras jerárquicas, al ser utilizadas estratégicamente, permiten la continuidad y el fortalecimiento de las élites dirigentes, a la vez que restringen seriamente las oportunidades de renovación democrática en el sistema político (Acebey Marinaro, 2023).

El liderazgo carismático desempeñó un papel crucial en la centralización del poder político ejercido por Néstor y Cristina Kirchner, lo que reforzó las dinámicas oligárquicas dentro del sistema partidario argentino. Según Michels, la psicología de las masas genera una dependencia hacia líderes fuertes, una afirmación que se confirma en la influencia que tuvieron los Kirchner sobre las bases partidarias, quienes adoptaron una postura de lealtad incondicional. Este carisma, combinado con el uso estratégico de recursos económicos y herramientas legales, consolidó un modelo piramidal en el que las decisiones más trascendentales se tomaban desde la cúpula, mientras que las bases quedaban relegadas a una posición subordinada. Este patrón no solo refleja un ejercicio pragmático del liderazgo, sino que también confirma las características de dominación de una minoría (Guzmán, 2023; Acebey Marinaro, 2023).

La tendencia hacia la oligarquización en los partidos políticos argentinos ha contribuido de manera significativa a erosionar la participación democrática al restringir la capacidad de las bases para influir en la toma de decisiones. Durante los mandatos kirchneristas, la burocracia interna del Partido Justicialista se consolidó, fortaleciendo la centralización del poder en el Ejecutivo. Este proceso redujo el pluralismo interno necesario para un sistema democrático robusto, promoviendo un modelo político centralizado y vertical que facilitó la consolidación del poder en pocas manos. Lo que coincide plenamente con la teoría de Michels, quien indica que las estructuras oligárquicas tienden a sofocar la expresión y representación democrática dentro de las organizaciones políticas (Guzmán, 2023).

El sistema político argentino ha evolucionado hacia patrones que intensifican las características oligárquicas a través de la práctica del patrimonialismo, un modelo que combina mecanismos tradicionales de control local con una centralización de recursos y poder a nivel nacional. Este patrón se manifestó claramente durante el kirchnerismo, cuyo ejercicio del poder se basó en la administración centralizada bajo reglas universales que reforzaron la dominación desde las élites partidarias. De esta manera, no solo se consolidó el control político a nivel territorial, sino que también reconfiguró las dinámicas de poder dentro del aparato gubernamental, afectando la capacidad de representación y pluralismo político en el país (Mazzuca, 2002).

El debilitamiento del pluralismo interno y la exclusión de grupos disidentes son fenómenos que Michels identifica como inherentes a la "Ley de Hierro". En el caso

argentino, Néstor Kirchner implementó una estrategia bien definida para disciplinar legislativamente y controlar las mayorías en el Congreso, lo que permitió limitar la fragmentación interna y consolidar su control sobre el Frente para la Victoria. Este proceso incluyó la reorganización de las estructuras del peronismo tradicional, evidenciando cómo las estrategias de cohesión interna pueden convertirse en herramientas para fortalecer los patrones oligárquicos dentro de un sistema político (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Ollier, 2014). La cohesión interna dentro del kirchnerismo fue asegurada mediante políticas redistributivas específicas, como los programas sociales que reforzaron la legitimidad política de sus líderes y aseguraron el apoyo de las bases. Sin embargo, estas políticas también acentuaron la dependencia de las bases hacia la cúpula dirigente, replicando las dinámicas de control oligárquico descritas anteriormente.

La fragmentación inicial dentro del peronismo fue instrumentalizada por el kirchnerismo para consolidar su poder, utilizando la burocratización y personalización del liderazgo como herramientas clave para reconfigurar la estructura partidaria a su favor. Este proceso implicó la exclusión de liderazgos provinciales autónomos y el fortalecimiento de una estructura jerárquica dentro del partido, con el Frente para la Victoria como principal espacio de implementación de estas estrategias. Este caso ejemplifica cómo el diseño y la gestión de las estructuras organizativas pueden ser estratégicamente manipulados para perpetuar el control de las élites dirigentes (Mazzuca, 2002; Guzmán, 2023; Ollier, 2014).

La preferencia del Ejecutivo argentino por herramientas de control vertical, como los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU), constituye otra manifestación concreta de las dinámicas oligárquicas. Bajo los mandatos de los Kirchner, el uso de esta herramienta no solo limitó los espacios para la deliberación democrática, sino que también reforzó el dominio de las élites sobre las instituciones, al tomar decisiones cruciales desde la cúpula con base en una estructura burocrática formalizada. Este mecanismo ejemplifica cómo se utilizan métodos administrativos no solo para incrementar la eficiencia gubernamental, sino también para consolidar dinámicas de exclusión y centralización del poder dentro del sistema político (Díaz Galmes, 2023; Guzmán, 2023).

3. Contexto Político Argentino 2003-2011

La década de 2003 a 2011 en Argentina estuvo marcada por un contexto político transformador, tras la crisis de 2001 que sacudió las bases de la democracia y del sistema de partidos. En este periodo, se evidencian la fragmentación del sistema partidario y la emergente consolidación del peronismo bajo liderazgos carismáticos, lo que resultó en una dinámica de control y centralización del poder. A través de la evolución del peronismo y del análisis de las elecciones presidenciales, se revelan los desafíos de representación y participación que enfrentó la democracia argentina, en un marco donde las estructuras oligárquicas comenzaron a afianzarse.

3.1 Crisis Institucional y Transformación del Sistema de Partidos

La crisis institucional de 2001 en Argentina marcó un momento decisivo en el sistema político, evidenciando la pérdida de legitimidad de los principales partidos políticos, como el Partido Justicialista (PJ) y la Unión Cívica Radical (UCR). Este colapso no solo se vinculó a factores económicos, como el agotamiento del modelo de convertibilidad, sino también a serias deficiencias en la representación política y una creciente fragmentación del sistema partidario. Esta situación redujo significativamente la capacidad de los partidos políticos tradicionales para canalizar y articular las demandas sociales, lo que agravó su desconexión con amplios sectores de la ciudadanía (Calvo, Escolar, & Pereti, 2005).

El descontento popular hacia las élites políticas quedó claramente reflejado en el lema “¡Que se vayan todos!”, que sintetizaba el rechazo masivo que experimentaron los partidos y dirigentes tradicionales. Este contexto no solo impulsó un vacío de poder, sino que también generó el surgimiento de nuevos liderazgos con la intención de distanciarse de las prácticas tradicionales. La emergencia de estas figuras tuvo un impacto directo en las dinámicas de competencia electoral posteriores, marcando un cambio en la configuración del poder político en el país (Calvo, Escolar, & Pereti, 2005). La deslegitimación de las instituciones democráticas se profundizó debido a la combinación de prácticas clientelistas, corrupción estructural y la desconexión entre las dirigencias políticas y las bases sociales. En consecuencia, se gestó un terreno fértil para la consolidación de liderazgos carismáticos que, al prometer estabilizar el sistema político, también concentraron el poder, exacerbando las tendencias oligárquicas dentro de los partidos según lo teorizado por Michels (Guzmán, 2023; Leiras & Tuñón, 2007). Como resultado se pone en evidencia las limitaciones de las instituciones democráticas para

lidar con las crecientes desigualdades y demandas sociales, debilitando las expectativas de una representación política efectiva.

La estabilidad democrática que Argentina había mostrado desde 1983, con alternancias gubernamentales regulares, contrastó drásticamente con las debilidades estructurales de representación que se hicieron evidentes con la crisis de 2001. Aunque el sistema político permitió transiciones pacíficas entre mayorías y minorías, su incapacidad para articular respuestas a las demandas sociales reforzó la desconexión entre las élites y el electorado (Guzmán, 2023). La fragmentación del sistema de partidos, que se incrementó notablemente entre 1983 y 2003; sin embargo, esta pluralidad no se tradujo en un cambio significativo en el poder legislativo debido al sesgo mayoritario del sistema electoral, lo que limitó la representación de minorías y acentuó las debilidades en el pluralismo político ((Calvo, Escolar, & Pereti, 2005). Esta realidad pone en cuestión la efectividad del diseño institucional argentino para garantizar una representación equitativa en contextos de alta fragmentación.

Aunque la crisis de 2001 no generó cambios inmediatos en el sistema electoral, sí facilitó la aparición de nuevas fuerzas políticas y liderazgos personalistas que capitalizaron el descontento social. Figuras como Néstor Kirchner aprovecharon esta coyuntura para posicionarse como referentes nacionales, destacándose por un enfoque centralizador del poder que, aunque estabilizador a corto plazo, reforzó dinámicas oligárquicas (Guzmán, 2023), demostrando cómo las crisis pueden ser instrumentalizadas para reconfigurar los equilibrios de poder en favor de las élites dirigentes.

Mientras el sistema multipartidista aparentemente promovía la pluralidad, su falta de coordinación política a nivel nacional minó la posibilidad de gestar políticas públicas coherentes. Esto alimentó la percepción de ineficiencia del sistema político e incentivó la consolidación de liderazgos carismáticos que prometieron estabilidad a través de respuestas centralizadas ((Calvo, Escolar, & Pereti, 2005; Guzmán, 2023); aunque efectivo en términos de gobernabilidad, subraya las limitaciones estructurales del multipartidismo en contextos de alta fragmentación. El sistema electoral argentino, caracterizado por un sesgo mayoritario que favorece a las estructuras partidarias dominantes, benefició a líderes provinciales que consolidaron su poder subnacional. Sin embargo, esta dinámica fue estratégicamente utilizada por los Kirchner, quienes lograron centralizar el poder político alrededor del Frente para la Victoria, reduciendo las

autonomías provinciales y fortaleciendo su control en el ámbito nacional (Leiras & Tuñón, 2007). Este caso ilustra cómo las dinámicas territoriales pueden ser aprovechadas para consolidar liderazgos centralizados.

La descentralización política iniciada a partir de las reformas de los años ochenta fomentó dinámicas políticas autónomas en las provincias, debilitando la cohesión partidaria a nivel nacional. Sin embargo, esta fragmentación fue revertida parcialmente por Néstor Kirchner, quien utilizó estrategias centralizadoras para disciplinar a sectores disidentes dentro del peronismo, fortaleciendo su autoridad sobre el movimiento político (Ollier, 2010); así queda ejemplificado cómo la gestión eficiente del poder territorial puede favorecer la consolidación de liderazgos nacionales. Aunque la falta de alternancia prolongada en el poder presidencial podría interpretarse como una señal de estabilidad democrática, durante el kirchnerismo se consolidó una concentración de poder en el Ejecutivo que contrasta con la necesidad de distribuir la autoridad entre las diferentes ramas del Estado.

3.2 Evolución del Peronismo y Nuevas Configuraciones de Poder

La evolución del peronismo durante las presidencias de Néstor y Cristina Kirchner estuvo marcada por una transformación estratégica de su estructura interna, orientada a consolidar el poder en torno a su liderazgo. Esto incluyó la reorganización sistemática del Partido Justicialista bajo el paraguas del Frente para la Victoria, que se tradujo en la exclusión de sectores disidentes y en la implementación de un disciplinamiento interno que redujo significativamente la fragmentación dentro del partido (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Guzmán, 2023). En términos concretos, esta estrategia permitió a los Kirchner construir una hegemonía política que alineó de manera casi absoluta a la estructura partidaria con las decisiones de la cúpula dirigente, aunque efectivo para garantizar el control político, reflejó una dinámica oligárquica que limitó severamente la participación y el pluralismo interno, tal como lo anticipa la Ley de Hierro de Michels. El liderazgo de los Kirchner evidenció una creciente tendencia hacia la burocratización y personalización del poder dentro del peronismo, lo que resultó en una centralización de las decisiones en una élite dirigente estrechamente vinculada con su liderazgo carismático. Esta dinámica no solo reforzó la concentración del poder, sino que también limitó la posibilidad de que emergieran nuevos liderazgos dentro del partido; la presencia de un liderazgo carismático como el de los Kirchner no solo facilitó la cohesión interna

del partido, sino que también fue utilizada para consolidar un modelo de centralización en el que las bases quedaron subordinadas a las decisiones de la dirigencia, lo que debilitó los mecanismos democráticos internos.

La territorialización del poder político, una característica destacada del peronismo tradicional, fue hábilmente instrumentalizada por los Kirchner para fortalecer su influencia a través de una integración centralizada de los liderazgos subnacionales. Esta estrategia, que articuló dinámicas políticas provinciales en una estructura unificada, permitió maximizar el control político del Ejecutivo sobre el aparato estatal (Calderón, 2017). Sin embargo, esta consolidación del poder central también implicó la progresiva subordinación de los intereses provinciales a una agenda nacional dictada por la cúpula kirchnerista, lo que redujo la autonomía de los líderes locales.

La implementación de políticas redistributivas durante las administraciones kirchneristas desempeñó un papel crucial en la consolidación de su legitimidad política, fortaleciendo simultáneamente la dependencia de las bases hacia la cúpula gobernante. Medidas emblemáticas como la reestatización de los fondos de pensión y otros programas sociales ayudaron a consolidar el apoyo popular (Svampa, 2019); aunque estas políticas atendieron problemáticas sociales urgentes, su diseño y ejecución enfatizaron la relación vertical entre los líderes y las bases, reduciendo así las oportunidades de participación activa en la toma de decisiones.

El liderazgo carismático de los Kirchner fue fundamental para reconfigurar el peronismo, contribuyendo a la formación de un culto a la personalidad que consolidó un control vertical en la dinámica partidaria. Este culto no solo fortaleció la centralización del poder, sino que también fomentó una lealtad incondicional hacia la dirigencia, desplazando las oportunidades de deliberación democrática y renovación dentro del partido (Saettone, 2012; Guzmán, 2023). Este tipo de liderazgo, aunque efectivo en la construcción de una base política sólida, exacerbando las tensiones entre la democracia formal y las prácticas políticas reales. La consolidación del Frente para la Victoria como fuerza política dominante durante el kirchnerismo reflejó tanto el éxito de su estrategia organizativa como las limitaciones estructurales del sistema político argentino para evitar la centralización del poder. La estrategia kirchnerista no solo consistió en la exclusión de actores opositores y disidentes, sino también en la desconexión creciente entre las bases

partidarias y la cúpula dirigente, lo que redujo la capacidad de representación efectiva del peronismo.

4. Las Elecciones Presidenciales

Las elecciones presidenciales argentinas entre 2003 y 2011 se convierten en un espejo de los procesos de centralización y oligárquización del poder político. A medida que se desenvuelven los eventos electorales, se observa cómo las estrategias de liderazgo carismático, la reconfiguración del peronismo y el uso de mecanismos como los Decretos de Necesidad y Urgencia consolidan un modelo donde la decisión y la representación se concentran en la cúpula. Los subcapítulos explorarán esta dinámica, analizando la fragmentación y la posterior consolidación del poder en las elecciones de 2003, 2007 y 2011, revelando los desafíos que surgen para la calidad democrática en Argentina.

4.1 Elecciones 2003: Fragmentación y Concentración

Las elecciones presidenciales de 2003 en Argentina constituyen un momento clave para analizar la fragmentación del sistema político y la posterior concentración del poder en torno a un liderazgo consolidado. En este periodo, se evidenció una notable dispersión electoral, reflejada en la distribución de los votos entre múltiples candidatos. Carlos Menem lideró con el 24.4% de los votos, seguido de Néstor Kirchner con el 22%, Ricardo López Murphy con el 16.3%, y Elisa Carrió y Adolfo Rodríguez Saá con un 14.1% cada uno, lo que reflejó la falta de un liderazgo claro entre el electorado. Este panorama fue producto directo de los efectos de la crisis político-institucional de 2001, que dejó una profunda huella en la legitimidad de los partidos tradicionales y en la cohesión del sistema político nacional. La ausencia de un candidato dominante no solo subrayó la debilidad de estas organizaciones tradicionales, sino que también abrió espacio para nuevas figuras y fuerzas políticas que intentaron capitalizar el descontento social persistente (Cherny, Feierherd, & Novaro, 2010).

La fragmentación política exacerbó las dificultades estructurales de los principales partidos, como el Partido Justicialista (PJ) y la Unión Cívica Radical (UCR), quienes ya venían experimentando años de desconexión con las demandas ciudadanas y un creciente deterioro de sus capacidades para articular intereses sociales. Este debilitamiento permitió la emergencia de figuras alternativas que buscaban distanciarse del establishment político. Sin embargo, mientras esta dispersión inicial sugería una oportunidad para una

democratización más amplia del sistema político, en la práctica, facilitó la consolidación de liderazgos individuales con un enfoque centralizador, como el del kirchnerismo. Podemos tomar como evidencia, en un contexto de crisis, las bases institucionales debilitadas pueden crear un terreno fértil para liderazgos carismáticos que reconfiguran las dinámicas de poder a su favor (Guzmán, 2023; (Calvo, Escolar, & Pereti, 2005).

A pesar de la fragmentación evidente en las elecciones de 2003, el Frente para la Victoria (FPV) liderado por Néstor Kirchner logró consolidarse como una fuerza hegemónica organizada en el corto plazo. A partir de estrategias de reagrupamiento dentro del peronismo, el FPV integró sectores que previamente habían estado vinculados al menemismo, demostrando su capacidad para articular una estructura partidaria centralizada, fortaleciendo el liderazgo kirchnerista. Este movimiento de apertura permitió al kirchnerismo transformar la crisis de representación en una oportunidad estratégica, consolidando a Kirchner no solo como líder del FPV, sino también como figura central del sistema político argentino.

El contexto de estas elecciones también resaltó un proceso de centralización del poder en liderazgos individuales, ejemplificado por la figura de Néstor Kirchner. Este tipo de dinámica, que Michels analiza en su teoría de la oligarquización, subraya cómo los liderazgos carismáticos tienden a reforzar las dinámicas verticales en las organizaciones políticas. En este sentido, Kirchner aprovechó el vacío de liderazgo generado por el colapso institucional para posicionarse como una opción estabilizadora frente a la fragmentación política. Sin embargo, esta consolidación tuvo como consecuencia el refuerzo de un modelo centralizado, que limitó la conexión efectiva entre la ciudadanía y las bases partidarias, exacerbando las desigualdades en la representación política (Guzmán, 2023).

Una vez en el poder, Néstor Kirchner utilizó diversas herramientas institucionales para consolidar su estilo de gobierno centralizado. Entre estas destaca el uso intensivo de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU), con un promedio de 4,3 decretos promulgados al mes, lo que evidenció su preferencia por evitar los procesos legislativos tradicionales. Este uso de mecanismos de decisión unipersonales permitió al Ejecutivo ejercer un control significativo sobre la agenda política y reducir la capacidad de intervención de otros poderes del Estado, lo cual se alinea con las dinámicas de concentración de poder. Esta estrategia no solo aseguró el dominio del Ejecutivo, sino que también fortaleció las

tendencias oligárquicas dentro del sistema político, evidenciando las limitaciones del multipartidismo fragmentado para contrarrestar liderazgos centralizados (Díaz Galmes, 2023).

Por otro lado, la capacidad de Kirchner para disciplinar internamente al PJ fue fundamental para consolidar su liderazgo. A través de la integración de diputados provenientes del sector menemista al bloque oficialista, el FPV logró construir una mayoría legislativa sólida que le permitió avanzar en su agenda política sin enfrentarse a una oposición efectiva. Este disciplinamiento interno no solo consolidó la hegemonía kirchnerista, sino que también limitó la competencia democrática dentro del partido, donde las élites utilizan la organización partidaria como un medio para perpetuar su dominancia (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010).

La reorganización del peronismo bajo el liderazgo de Kirchner no estuvo exenta de costos democráticos. Este proceso implicó un incremento de la burocratización interna y una subordinación casi total de las bases partidarias a la cúpula dirigente, consolidando una estructura vertical en la que las decisiones se concentraban en un círculo reducido de liderazgos. Esta dinámica redujo significativamente la inclusión de voluntades diversas dentro del peronismo, reforzando la desconexión entre la ciudadanía y las élites políticas (Guzmán, 2023).

En términos de legitimación popular, las políticas redistributivas desempeñaron un papel central en la consolidación del liderazgo de Kirchner. Medidas como los ajustes al sistema previsional, que ampliaron coberturas mediante moratorias y aumentaron los haberes mínimos, fueron percibidas como acciones que respondían a problemáticas sociales urgentes. Sin embargo, estas políticas, si bien fortalecieron la conexión del Ejecutivo con las bases sociales, también intensificaron la dependencia hacia la cúpula política. Este fenómeno, analiza cómo las élites utilizan los recursos organizativos en su favor, refleja una dinámica donde las decisiones centralizadas profundizan la concentración del poder (Guzmán, 2023; Beccaria & Danani, 2012). La instrumentalización de políticas públicas como herramienta para consolidar la hegemonía política también acentuó las dinámicas de personalismo y centralización características del kirchnerismo. Las políticas redistributivas, aunque efectivas en términos de justicia social, se desarrollaron en un entorno que favoreció la verticalidad en la toma de decisiones, consolidando aún más el control del liderazgo político sobre las bases partidarias (Svampa, 2019).

El análisis de las políticas redistributivas del kirchnerismo también debe ser entendido a la luz de antecedentes históricos que ilustran patrones similares de concentración del poder. En el marco de la política industrial durante el primer peronismo, el uso de instrumentos estatales como el crédito público y los subsidios también contribuyó al fortalecimiento de la dependencia de ciertos sectores al aparato estatal. Estas estrategias, aunque motivadas por objetivos como el crecimiento sectorial y la estabilidad económica, promovieron dinámicas centralizadoras en las que el poder se concentró de manera significativa en el Ejecutivo. Tal como lo señala Belini, estas políticas no solo buscaban proteger sectores estratégicos, sino que también consolidaban redes de apoyo que reforzaban el liderazgo político, un patrón que se replicó durante el kirchnerismo mediante medidas redistributivas similares (Belini, 2008).

4.2 Elecciones 2007: Consolidación del Poder

Las elecciones presidenciales de 2007 en Argentina representaron un hito significativo en la consolidación del poder del kirchnerismo y en la reconfiguración del escenario político del país. Este periodo estuvo caracterizado por la victoria de Cristina Fernández de Kirchner en la primera vuelta electoral, con un 45,29% de los votos. Este resultado evidenció no solo la fortaleza del Frente para la Victoria (FPV), sino también su capacidad de estructurar una estrategia política que, mediante una narrativa de continuidad y estabilidad, centralizó el liderazgo dentro del Partido Justicialista (PJ) (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Guzmán, 2023). La centralidad de este proceso radica en el uso de los logros económicos y sociales de la administración de Néstor Kirchner como fundamentos para legitimar la candidatura de Cristina Fernández, reforzando una estrategia política que posicionó al FPV como fuerza hegemónica en el panorama argentino.

El contexto político durante estas elecciones evidenció una transformación interna del peronismo, marcada por el disciplinamiento de sectores críticos y la exclusión de figuras disidentes. Estas tácticas garantizaron la cohesión interna del PJ bajo el liderazgo de Cristina Fernández y consolidaron una estructura jerárquica que limitó severamente el pluralismo político dentro del partido. Este proceso refleja las características oligárquicas mencionadas, que subraya cómo las organizaciones políticas tienden a centralizar el poder en manos de una élite dirigente que concentra las decisiones y minimiza la participación de sectores disidentes (Guzmán, 2023). Aunque esta estrategia fue eficaz para garantizar

la unidad del partido y fortalecer el liderazgo de Cristina Fernández, también reveló dinámicas internas que restringieron las oportunidades de competencia democrática.

La campaña electoral de Cristina Fernández destacó por un discurso que combinaba los logros de la gestión previa con la promesa de continuidad, a la vez que proyectaba una imagen de liderazgo fuerte e independiente. Este enfoque reforzó un componente personalista que apelaba a un culto a la personalidad, reflejando una dinámica carismática que, contribuye a la concentración del poder en la élite dirigente (Guzmán, 2023; Saettone, 2012). La narrativa de la campaña no solo fortaleció el vínculo emocional entre el electorado y la figura de Cristina Fernández, sino que también exacerbó la desconexión entre los intereses ciudadanos y los espacios democráticos internos del partido, subordinando la pluralidad a un liderazgo unificado.

El legado de herramientas institucionales acumuladas durante la presidencia de Néstor Kirchner, como el control sobre las mayorías legislativas y el uso estratégico de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU), fue un elemento clave en la consolidación del poder del Ejecutivo bajo Cristina Fernández. Estos mecanismos, que facilitaron la toma de decisiones centralizadas, limitaron los espacios de deliberación democrática y reforzaron el poder de una cúpula dirigente, en línea con los postulados de Michels (Díaz Galmes, 2023). La centralización del poder a través de estas herramientas institucionales reflejó una dinámica que priorizaba la gobernabilidad a corto plazo, pero que también debilitaba los principios democráticos de representación y equilibrio entre poderes. El triunfo electoral de Cristina Fernández también evidenció la capacidad del kirchnerismo para tejer alianzas estratégicas con liderazgos provinciales y actores sociales clave, logrando una estructura partidaria cohesionada en torno al FPV. Sin embargo, este proceso implicó una relegación de las bases partidarias, que quedaron subordinadas a las decisiones de la cúpula dirigente.

Las políticas redistributivas iniciadas por Néstor Kirchner desempeñaron un papel crucial en la configuración del capital político que permitió la continuidad del kirchnerismo en las elecciones de 2007. Cristina Fernández capitalizó estas bases de legitimidad mediante la consolidación de programas sociales que fortalecieron el vínculo entre el Ejecutivo y las clases populares, reforzando la relación directa de dependencia entre los sectores más vulnerables y la cúpula gobernante (Svampa, 2019). Si bien estas políticas respondieron

a necesidades sociales urgentes, también intensificaron las dinámicas de verticalidad y centralización en la toma de decisiones. (Guzmán, 2023).

El uso continuado de los DNU por parte de Cristina Fernández, heredado como práctica de la administración de Néstor Kirchner, permitió al Ejecutivo avanzar en su agenda política sin necesidad de consulta legislativa plena, consolidando aún más el poder centralizado. Este patrón de gobernabilidad refuerza los planteamientos sobre cómo las organizaciones políticas tienden a fortalecer el poder de una élite reducida, limitando los mecanismos de contrapeso y deliberación democrática (Díaz Galmes, 2023; Guzmán, 2023). Aunque esta estrategia garantizó eficiencia en la ejecución de políticas, también subraya las tensiones entre centralización y pluralismo en el sistema político argentino. La exclusión de sectores disidentes dentro del peronismo fue una estrategia clave que permitió al kirchnerismo imponer una hegemonía casi absoluta dentro del Frente para la Victoria, restringiendo la competencia interna y consolidando su control político. El liderazgo de Cristina Fernández, arraigado en un carisma que apelaba a las identidades populares, no solo fortaleció la lealtad de las bases partidarias, sino que también consolidó un culto a la personalidad que exacerbó la desconexión entre la ciudadanía y las estructuras democráticas internas del FPV. La capacidad de Cristina Fernández para captar el apoyo popular, especialmente entre los sectores más vulnerables, fue un elemento central en la consolidación de este modelo político.

En términos electorales, los sectores con menor nivel educativo y condiciones socioeconómicas más vulnerables mostraron un apoyo significativo al FPV, lo que refleja el éxito del kirchnerismo en implementar políticas que resonaron particularmente entre las clases populares. Sin embargo, este patrón de voto también evidencia una relación de dependencia política que fortaleció las dinámicas de centralización del poder (Svampa, 2019).

4.3 Elecciones 2011: Control Partidario

Las elecciones presidenciales de 2011 en Argentina marcaron un punto culminante en la consolidación del liderazgo de Cristina Fernández de Kirchner y del Frente para la Victoria como fuerza política hegemónica. Obteniendo casi el 54% de los votos, un resultado sin precedentes desde la implementación de la Ley Sáenz Peña, se confirmó el dominio absoluto del oficialismo. Este hecho no solo resalta una concentración notable

del poder político en torno al liderazgo de Fernández de Kirchner, sino que también refleja, el carácter oligárquico de las organizaciones políticas. Según Guzmán (2023), la acumulación de poder llevó a una erosión de los equilibrios democráticos y fortaleció el control vertical ejercido desde el Ejecutivo, intensificando las dinámicas de concentración en el poder político argentino.

El éxito del oficialismo en controlar el Congreso, alcanzando una mayoría que redujo considerablemente el margen de acción de la oposición, es otro elemento que contribuyó a esta acumulación de poder. Guzmán (2023) pone de relieve que este fenómeno no solo intensificó la centralización en el Ejecutivo, sino que también debilitó los espacios de deliberación democrática, lo cual está en consonancia con los postulados de Michels acerca de los procesos de oligarquización en organizaciones complejas. Este control del poder legislativo implica una dominancia que limita de manera significativa la capacidad de contrapesos, con efectos adversos sobre la representación democrática.

La estrategia política de Cristina Fernández durante este período no se limitó a los aspectos institucionales, sino que se apoyó en la construcción de un liderazgo carismático y en el uso reiterado de discursos polarizantes. Este enfoque consolidó un culto a la personalidad que, como señala Michels, tiende a prevalecer en las dinámicas emocionales que las masas suelen atribuir a sus líderes. Guzmán (2023) y Svampa (2019) destacan que esta exaltación personalista no solo fortaleció el vínculo entre la líder y sus bases partidarias, sino que también evidenció una desconexión creciente con las normativas democráticas formales, profundizando una relación vertical de dependencia dentro del sistema político.

El manejo de los recursos estatales durante este periodo reflejó un componente patrimonialista, en el que las finanzas públicas se centralizaron en torno a la figura del Ejecutivo. Según lo explicado por Svampa (2019), esta dinámica no solo consolidó el poder político de Fernández de Kirchner, sino que también reforzó la concentración administrativa, de esta manera, se limitó la autonomía de otros actores políticos y profundizó las desigualdades en cuanto a la redistribución del poder dentro de las estructuras gubernamentales.

En términos institucionales, el uso reiterado de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU) por parte del Ejecutivo fue una constante durante el kirchnerismo y se intensificó

en este periodo. Guzmán (2023) enfatiza que el recurso frecuente a mecanismos unilaterales para la toma de decisiones refleja un modelo de gobernabilidad que prioriza la eficiencia política a expensas de los principios democráticos, limitando significativamente la capacidad de intervención del poder legislativo. La promulgación de los DNU también refleja cómo estas herramientas son empleadas para consolidar la hegemonía presidencial, reduciendo la capacidad legislativa de fiscalizar y controlar las decisiones del Ejecutivo. Guzmán (2023) señala que este patrón de centralización administrativa no solo refuerza el dominio de la presidencia sobre las instituciones, sino que también erosiona las bases democráticas que sostienen el pluralismo y la representación equitativa dentro del sistema político.

La polarización política, intensificada durante las elecciones de 2011, se convirtió en un fenómeno estructural que debilitó las oportunidades para el consenso democrático y exacerbó las divisiones sociales. Según Svampa (2019), este nivel de polarización promovió una política de exclusión hacia sectores críticos del oficialismo, limitando la construcción de narrativas alternativas y perpetuando la desconexión entre los sectores opositores y el electorado. Guzmán (2023) analiza cómo esta fragmentación dificultó la representación efectiva de los disidentes y consolidó la dominancia del kirchnerismo sobre el espectro político nacional, lo que facilitó su hegemonía, pero a costa de reducir la calidad democrática.

El fracaso de la oposición para articular una narrativa coherente frente al Frente para la Victoria permitió al oficialismo explotar esta fragmentación para reforzar su control político. Ollier (2008) señala que la incapacidad de los partidos opositores para consolidar alternativas viables contribuyó a la concentración de poder en el Ejecutivo; según los cuales, la debilidad de los actores externos refuerza el dominio de las élites gobernantes, de esta manera, no solo limita la competencia democrática, sino que también profundiza la exclusión participativa, tanto en el ámbito partidario como en el institucional.

La exclusión de sectores críticos y el disciplinamiento de liderazgos provinciales fueron elementos clave que permitieron al kirchnerismo consolidar su hegemonía dentro del Partido Justicialista y limitar el pluralismo interno. Guzmán (2023) destaca cómo este disciplinamiento reforzó las dinámicas oligárquicas al subordinar las estructuras locales a las decisiones de la cúpula dirigente, reproduciendo un modelo vertical de control político. Estas estrategias, si bien efectivas para garantizar la cohesión partidaria,

evidenciaron las limitaciones estructurales del sistema democrático argentino para promover la inclusión y la renovación dentro de las organizaciones políticas.

5. Dinámica del Poder y Control Institucional

La dinámica del poder en Argentina entre 2003 y 2011 revela cómo la centralización en el Ejecutivo y la utilización de mecanismos de control transformaron las estructuras políticas y la representación democrática. A través de un análisis de la toma de decisiones, la participación ciudadana y el impacto en la calidad democrática, se examinará cómo estas prácticas oligárquicas afectaron tanto al funcionamiento interno del Partido Justicialista como a la conexión entre las élites y la ciudadanía.

5.1 Mecanismos de Control y Toma de Decisiones

La concentración del poder en el Ejecutivo argentino entre 2003 y 2011 se evidenció notablemente a través del uso sistemático de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU). Estas herramientas permitieron a los presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner evitar los procesos legislativos tradicionales, centralizando así la toma de decisiones y consolidando un estilo de gobernanza personalista. El mandato de Néstor Kirchner, con 239 decretos emitidos y un promedio mensual de 4,3, refleja una marcada preferencia por el uso de mecanismos unilaterales que redujeron las instancias de deliberación parlamentaria (Díaz Galmes, 2023). Este patrón de gobernabilidad no solo facilitó la implementación de políticas sin oposición efectiva, sino que también apunta a la tendencia hacia la burocratización y centralización del poder que Michels argumenta como inherente a las organizaciones políticas complejas.

El uso extensivo de los DNU tuvo implicaciones significativas para el equilibrio republicano y la calidad democrática del sistema político argentino. Al priorizar la eficacia ejecutiva sobre el debate institucional, se limitó la capacidad del Congreso para ejercer su función legislativa y de control. Guzmán (2023) señala que este fenómeno intensificó las dinámicas oligárquicas al reforzar el poder de una élite dirigente y debilitar los mecanismos de contrapeso. En este sentido, se puede observar que la práctica de recurrir a los DNU no solo fue una herramienta de gobernabilidad inmediata, sino también un reflejo de la consolidación de un modelo político centralizado que restringió las oportunidades de participación democrática.

Un elemento clave en la consolidación del liderazgo presidencial durante este período fue el disciplinamiento interno dentro del Partido Justicialista (PJ). Este proceso permitió al kirchnerismo ejercer un control prácticamente absoluto sobre el Congreso al integrar sectores opositores al bloque oficialista. Según Cherny, Feierherd y Novaro (2010), esta estrategia de cooptación interna redujo significativamente la competencia política dentro del peronismo y permitió a los presidentes implementar una agenda legislativa alineada exclusivamente con sus intereses. La integración de facciones previamente disidentes reflejó una capacidad estratégica sobresaliente del kirchnerismo para fortalecer su hegemonía, perpetuando el control político.

La centralización del poder en el peronismo se tradujo, además, en una desconexión progresiva entre la cúpula dirigente y las bases partidarias. La capacidad del Frente para la Victoria (FPV) para disciplinar internamente a su partido facilitó la aprobación de reformas y políticas clave, como lo demuestra el hecho de que el 42% de las leyes aprobadas durante el mandato de Néstor Kirchner provinieron directamente del Ejecutivo (Díaz Galmes, 2023).

Las políticas redistributivas desempeñaron un papel central en la dinámica de control institucional, funcionando como herramientas para consolidar el apoyo popular al gobierno kirchnerista. La reestatización de los fondos previsionales, por ejemplo, no solo reconfiguró el sistema de pensiones en Argentina, sino que también otorgó al Ejecutivo un control directo sobre recursos económicos estratégicos, fortaleciendo su capacidad para influir en el panorama político. Según Svampa (2019), este manejo de los recursos públicos no solo respondió a objetivos sociales, sino que también sirvió como una estrategia para mantener la legitimidad política y consolidar el liderazgo presidencial. Guzmán (2023) argumenta que esta combinación de redistribución económica y control político refleja las tendencias patrimonialistas, en las que los recursos del Estado son instrumentalizados para perpetuar el poder de la élite dirigente.

La implementación de programas sociales como la Asignación Universal por Hijo también evidenció esta estrategia de consolidación política basada en la redistribución. Este programa, aunque atendió necesidades sociales urgentes, reforzó la dependencia de las bases ciudadanas hacia la administración central, fortaleciendo así la conexión entre el liderazgo político y los sectores más vulnerables de la sociedad (Guzmán, 2023). Sin embargo, esta dinámica de dependencia resalta las tensiones entre la justicia social y las

dinámicas verticales de poder, donde las políticas redistributivas, en lugar de empoderar a las bases, profundizan su subordinación a la cúpula dirigente.

Desde la perspectiva psicológica, el liderazgo carismático desempeñó un rol crucial en la consolidación del poder kirchnerista durante este período. La figura de Néstor Kirchner fue construida como un líder carismático cuya conexión personal con las masas reforzó la lealtad hacia su liderazgo, esta conexión, se intensificó bajo la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, donde el culto a la personalidad se convirtió en una herramienta clave para unificar al peronismo bajo su mando. Guzmán (2023) destaca que esta lealtad emocional hacia los líderes debilitó los mecanismos democráticos internos del PJ, fortaleciendo una estructura vertical que limitó la participación activa de las bases en los procesos de toma de decisiones.

5.2 Participación Ciudadana y Representación

El tema de la participación ciudadana y su relación con la representación política en el contexto argentino de 2003 a 2011 evidencia múltiples tensiones y desafíos que se enmarcan dentro de la dinámica oligárquica descrita por Michels. Durante estos años, la burocratización de las estructuras partidarias y la concentración del poder en los liderazgos de Néstor y Cristina Kirchner limitaron significativamente la participación activa de las bases sociales en la toma de decisiones. Los procesos centrales en el Frente para la Victoria (FPV) reflejan una desconexión entre las élites políticas y el electorado, donde las decisiones importantes se concentraron en una cúpula dirigente, lo que restringió la capacidad de intervención de las bases, perpetuando así las dinámicas jerárquicas y oligárquicas señaladas por Michels (Guzmán, 2023). Esta desconexión no solo acentuó el dominio de las élites, sino que reveló una crisis latente de representación democrática, donde los intereses ciudadanos quedaron subordinados al poder centralizado de la dirigencia.

El liderazgo consolidado de Néstor y Cristina Kirchner durante este periodo fue un factor determinante en el debilitamiento de la representación plural dentro del sistema político argentino. Este fenómeno, que Michels describe como el “dominio de los elegidos sobre los electores”, se tradujo en la subordinación de las bases partidarias a las decisiones de la elite dirigente, dificultando la aparición de voces críticas o alternativas dentro del PJ (Guzmán, 2023). La falta de contrapesos internos y la centralización de poder en

liderazgos carismáticos limitaron la diversidad en la representación de intereses, lo que incrementó la asimetría entre las demandas ciudadanas y las prioridades de las cúpulas políticas.

La ausencia de mecanismos internos efectivos dentro de los partidos políticos para canalizar las demandas de las bases ciudadanas fue un elemento estructural que reforzó las dinámicas oligárquicas. Durante los gobiernos kirchneristas, los procesos internos de renovación de liderazgos y la competencia democrática dentro del FPV fueron prácticamente inexistentes, lo que redujo la capacidad de los ciudadanos para influir directamente en las decisiones partidarias (Freidenberg, 2006; Guzmán, 2023).

La psicología de masas y su predisposición a idolatrar a líderes carismáticos propiciaron un modelo de participación política pasiva, donde las decisiones emanaban de los líderes antes que de un proceso colectivo y deliberativo (Guzmán, 2023). Este tipo de liderazgo refuerza una percepción de dependencia hacia la figura presidencial, lo que, lejos de fomentar la autonomía ciudadana y la deliberación democrática, consolidó un modelo de representación vertical y personalista que debilitó significativamente la democracia interna del partido.

Durante los años de gobierno kirchnerista, el culto a la personalidad se convirtió en una estrategia clave para eliminar la oposición interna y homogeneizar las bases partidarias. Esto se logró a través de políticas que limitaban la diversidad de opiniones dentro del Frente para la Victoria, consolidando así la centralización del poder en la figura presidencial (Guzmán, 2023). El aparato estatal, bajo los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, fue instrumentalizado para consolidar la imagen carismática de sus líderes. A través de campañas masivas y el control sobre los medios de comunicación, se reforzó la lealtad de las masas hacia las figuras presidenciales, reduciendo, al mismo tiempo, la capacidad crítica de la ciudadanía (Svampa, 2019). Este uso estratégico de los recursos estatales no solo consolidó un modelo político centralizado, sino que también redujo las oportunidades para una participación autónoma y efectiva de la ciudadanía en los procesos políticos.

Los déficits de democracia interna en los partidos políticos argentinos durante este periodo son evidentes en la centralización de las decisiones en la cúpula partidaria del FPV. Según Freidenberg, las elecciones internas para la selección de liderazgos

mostraron bajos índices de éxito en la región, evidenciando la ineficacia de estos mecanismos para promover la renovación de liderazgos y la representación auténtica de las bases electorales (Freidenberg, 2006). Esta situación refleja una problemática estructural que limitó la capacidad de los partidos para responder a las demandas ciudadanas, consolidando aún más las dinámicas jerárquicas y burocráticas dentro de las organizaciones políticas.

La intensificación de la polarización política durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner contribuyó al debilitamiento de la representación plural en el sistema político argentino, de manera que, dificultó el surgimiento de alternativas políticas viables fuera del Frente para la Victoria, consolidando la hegemonía del kirchnerismo (Mouffe, 2007). La polarización no solo fragmentó a la oposición, sino que también restringió el espacio para un diálogo político basado en el consenso, reforzando las características personalistas del liderato kirchnerista en detrimento de una representación política más inclusiva.

La exclusión de sectores opositores tanto dentro como fuera del peronismo fue una estrategia central para consolidar el control del liderazgo kirchnerista. Como destaca Mouffe, la negación del antagonismo político en los sistemas democráticos tiende a perpetuar las divisiones y limitar la representación efectiva de sectores críticos (Mouffe, 2007). Este enfoque excluyente fortaleció el control oligárquico del FPV, al tiempo que obstaculizó la construcción de un sistema político más diverso y participativo. La fragmentación de la oposición, ya debilitada por la crisis institucional de 2001, facilitó que los Kirchner consolidaran un dominio prácticamente absoluto del sistema político argentino. Según Svampa, esta fragmentación limitó significativamente las vías de participación ciudadana, perpetuando el control de las estructuras de poder por parte del oficialismo (Svampa, 2019). Esta dinámica no solo evidenció la vulnerabilidad de la oposición, sino que también acentuó las limitaciones del sistema democrático argentino para fomentar una competencia política efectiva. La polarización durante estos años contribuyó a la conformación de una ciudadanía dividida en torno a las figuras de Néstor y Cristina Kirchner, restringiendo la posibilidad de un diálogo político sustancial. La lealtad hacia liderazgos personales limitó la apertura a narrativas políticas alternativas, reforzando un modelo de representación centralizado y vertical (Mouffe, 2007; Guzmán,

2023), intensificando las tensiones entre la centralización del poder y la representación inclusiva, profundizando los desafíos estructurales de la democracia argentina.

Desde una perspectiva patrimonialista, el kirchnerismo utilizó la redistribución de recursos económicos como herramienta clave para consolidar el control político y limitar la autonomía de las bases ciudadanas. Como señala Mazzuca, esta estrategia asegura el control político al fortalecer la dependencia de las bases hacia las élites gobernantes (Mazzuca, 2002); políticas como la Asignación Universal por Hijo y la reestatización de los fondos de pensión, si bien atendieron necesidades sociales inmediatas, reforzaron la percepción de que el bienestar ciudadano dependía exclusivamente del liderazgo central, limitando la capacidad crítica de las bases (Svampa, 2019).

Un aspecto relevante que atraviesa estas dinámicas es la metamorfosis que ha experimentado la representación política, marcada por la centralidad de los liderazgos personales y la construcción de imágenes de los líderes como eje de las estrategias electorales, más que por propuestas detalladas que reflejen un compromiso con soluciones específicas. Al relacionarlo con la evolución del gobierno representativo desde la segunda mitad del siglo XIX, demuestra cómo los partidos políticos, lejos de reflejar divisiones sociales genuinas, imponen divisiones artificiales a la sociedad (Manin & Dos Santos, 1985). La representación ha mutado hacia un modelo donde la personalidad y carisma del líder predominan, reforzando la dependencia de las bases hacia la figura presidencial y disminuyendo la capacidad de los partidos para funcionar como intermediarios efectivos entre la ciudadanía y el poder político.

6. Desafíos para la Democracia Argentina

La centralización del poder en Argentina durante el kirchnerismo ha generado profundos desafíos para la democracia, evidenciando tensiones significativas entre la gobernabilidad y la representación ciudadana. A través del análisis de la concentración del poder ejecutivo y sus mecanismos de control, así como el impacto en la calidad democrática, se exploran las dinámicas que han llevado a la desconexión entre las élites políticas y la ciudadanía. Este análisis permite entender mejor cómo las estructuras oligárquicas han moldeado el sistema político argentino y los obstáculos que enfrenta en su búsqueda por una representación más inclusiva y pluralista.

6.1 Centralización del Poder Ejecutivo

La centralización del poder ejecutivo en Argentina durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner marcó un periodo caracterizado por el uso sistemático de herramientas políticas que consolidaron el control del Ejecutivo a expensas de la deliberación democrática. En las administraciones kirchneristas, los DNU no se limitaron a responder a situaciones excepcionales, como lo exige su marco normativo, sino que se convirtieron en herramientas estratégicas para garantizar el diseño e implementación de políticas centrales, como reformas económicas y sociales (Guzmán, 2023; Svampa, 2019). La frecuencia y amplitud de su uso revelan un debilitamiento de los equilibrios institucionales, donde el Congreso, en lugar de ser un espacio deliberativo autónomo, operaba subordinado al Ejecutivo. Esta subordinación modificó la dinámica del poder político en el país, exacerbando las tensiones inherentes a la relación entre un modelo presidencial fuerte y un sistema democrático pluralista (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010).

Un factor crucial en la centralización del poder fue el disciplinamiento interno del Partido Justicialista (PJ), que permitió a los Kirchner integrar sectores disidentes y garantizar mayorías parlamentarias que respaldaran su agenda legislativa. A través de procesos de cooptación y exclusión selectiva, se fortaleció un modelo político que limitaba la autonomía de los legisladores, alineando las decisiones del Congreso con los intereses del Ejecutivo (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Guzmán, 2023). Esta estrategia no solo consolidó el control del oficialismo, sino que también transformó al PJ en una estructura vertical en la que se redujo significativamente la competencia interna. Las tácticas de disciplinamiento, que incluyeron la redistribución de recursos y el fortalecimiento de redes clientelares, evidenciaron una dinámica que favorecía la lealtad partidaria sobre la diversidad política, ajustándose a las características oligárquicas identificadas por Michels (Michels, 2021).

El disciplinamiento dentro del PJ también se concretó mediante la exclusión de líderes provinciales opuestos al kirchnerismo, debilitando la representación plural dentro del partido. Al marginar a figuras disidentes, los Kirchner aseguraron un control absoluto sobre las estructuras partidarias, reforzando un modelo de liderazgo donde la concentración de poder residía casi exclusivamente en la cúpula (Guzmán, 2023; Svampa, 2019). Este tipo de maniobras no solo transformó al PJ en un vehículo de legitimación del Ejecutivo, sino que también limitó las posibilidades de participación y representación

democrática de las bases partidarias, consolidando un modelo político cerrado y jerárquico. A este respecto, las observaciones de Michels sobre el cierre de la élite dirigente adquieren relevancia adicional, ya que reflejan cómo las organizaciones políticas pueden mutar hacia estructuras oligárquicas que restringen la competencia y la diversidad interna de sus liderazgos (Guzmán, 2023).

El uso estratégico de los recursos públicos subrayó cómo las políticas redistributivas sirvieron como instrumentos para la consolidación del poder político del Ejecutivo, incrementando la asimetría entre los gobernantes y los representados. También intensificó la desconexión entre las bases ciudadanas y las élites políticas, debilitando las instancias colectivas de representación y participación, una cuestión que contradice los fundamentos de una democracia pluralista y participativa.

La psicología de masas desempeñó un papel central en el fortalecimiento del liderazgo de Néstor y Cristina Kirchner, quienes aprovecharon su carisma para consolidar su control político. Siguiendo las observaciones de Michels, las masas suelen mostrar una predisposición hacia la lealtad hacia líderes carismáticos, lo que refuerza los sistemas de poder centralizados (Guzmán, 2023). Este liderazgo carismático fue particularmente efectivo para garantizar la estabilidad política en un contexto marcado por crisis previas, pero debilitó simultáneamente los mecanismos de representación democrática. En lugar de fomentar procesos deliberativos y participativos, la narrativa kirchnerista reforzó un modelo vertical y personalista que transformó la ciudadanía en una base política dependiente de la figura presidencial (Guzmán, 2023; Kinen, 2011).

6.2 Impacto en la Calidad Democrática

La centralización del poder en los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner tuvo un impacto significativo en la calidad democrática de Argentina, reflejándose en un debilitamiento de los mecanismos de representación y deliberación institucional. Un ejemplo notable de esta dinámica fue el amplio uso de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU), los cuales aunque esta herramienta aportó rapidez en contextos de urgencia, evidenció una preferencia marcada por métodos verticales de gobernanza que erosionaron el sistema de pesos y contrapesos inherente a la calidad democrática. Este patrón se consolidó durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, quien mantuvo esta práctica como un mecanismo central para garantizar la

implementación de políticas, minorizando el rol del Congreso como espacio deliberativo independiente y fortaleciendo la dependencia entre el Legislativo y el Ejecutivo (Guzmán, 2023).

La redistribución económica, utilizada por los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner como una herramienta de legitimación política, consolidó la dependencia de sectores vulnerables hacia el Ejecutivo, debilitando las posibilidades de una participación ciudadana efectiva. Svampa (2019) destaca que políticas como la reestatización de los fondos de pensión y la Asignación Universal por Hijo no solo atendieron necesidades sociales urgentes, sino que también fortalecieron la capacidad del Ejecutivo para concentrar recursos estratégicos bajo su control directo. La reestatización de los fondos previsionales, aunque fue presentada como una medida de justicia social, otorgó al Ejecutivo un manejo centralizado de recursos económicos críticos, consolidando su poder político y limitando la autonomía de otros actores en el sistema político (Svampa, 2019). Asimismo, la Asignación Universal por Hijo, si bien contribuyó a reducir la pobreza, fue instrumentalizada políticamente para generar una dependencia directa de los sectores más vulnerables hacia el gobierno, reforzando la percepción de que el bienestar ciudadano estaba condicionado al liderazgo presidencial (Svampa, 2019).

La estabilidad lograda en el ejercicio del poder bajo los gobiernos kirchneristas contrastó con la inestabilidad política previa, aunque, según Mazzuca (2002), esta transición respondió a un modelo patrimonialista en el cual las herramientas del Estado fueron utilizadas para perpetuar el poder de una élite dirigente. Este modelo se reflejó en prácticas como la asignación discrecional de fondos nacionales a gobiernos provinciales, lo que permitió al Ejecutivo fomentar lealtades políticas en los niveles subnacionales y consolidar su hegemonía (Guzmán, 2023). Sin embargo, esta lógica patrimonialista reforzó la desigualdad política, privilegiando a liderazgos alineados con el oficialismo mientras marginaba la incorporación de nuevos actores, limitando así la pluralidad en la representación política (Mazzuca, 2002).

7. Conclusión

La investigación realizada logra responder de manera sólida a la pregunta central planteada al inicio del trabajo, que indagaba en qué medida la Ley de Hierro de Michels ofrece un marco explicativo para analizar la concentración del poder político en el sistema

democrático argentino, particularmente durante las presidencias de Néstor y Cristina Kirchner, y cómo estas dinámicas afectaron la calidad democrática del país entre 2003 y 2011. A través de un enfoque teórico y empírico que combina una revisión exhaustiva de la teoría de Michels con el análisis detallado de la evolución del peronismo y las prácticas políticas kirchneristas, fue posible evidenciar cómo se consolidaron patrones de burocratización, centralización del poder, exclusión interna y liderazgo carismático, características centrales de la oligarquización descrita por Michels. El trabajo no solo demuestra la relevancia del marco teórico para comprender los procesos internos del Partido Justicialista y las dinámicas de control político en Argentina, sino que también expone las tensiones estructurales entre la representación democrática y la concentración de poder en un contexto político particular.

Los hallazgos principales confirman que las presidencias de los Kirchner representan un caso paradigmático para analizar las tesis de Michels en América Latina. Primero, se observó que la centralización del poder en el Ejecutivo, facilitada por el uso recurrente de instrumentos como los Decretos de Necesidad y Urgencia, promovió un modelo de gobernabilidad vertical que limitó la deliberación democrática en el Congreso y debilitó los contrapesos institucionales. Este patrón fue reforzado por la capacidad del kirchnerismo para disciplinar internamente al Partido Justicialista, integrando sectores disidentes y excluyendo a opositores, lo que consolidó un liderazgo hegemónico dentro del Frente para la Victoria. Además, la relación entre la personalización del poder y las políticas redistributivas ilustró cómo el liderazgo de los Kirchner utilizó herramientas económicas para consolidar su legitimidad, pero al mismo tiempo fortaleció dinámicas de dependencia que reprodujeron las desigualdades en el acceso al poder y limitaron la autonomía de las bases partidarias. En ese sentido, el liderazgo carismático se configuró como un eje central de estas dinámicas, apelando a la psicología de masas para reforzar un culto a la personalidad que acentuó la desconexión entre las bases sociales y las cúpulas políticas, minando las oportunidades para la renovación democrática dentro del partido y en el sistema político en general.

La tesis logra así integrar sus hallazgos en el contexto más amplio de la literatura académica. En consonancia con autores como Mazzuca y Svampa, el trabajo refleja cómo el modelo patrimonialista y clientelar de las políticas redistributivas en América Latina puede reforzar las dinámicas centralistas y las tendencias oligárquicas en sistemas

democráticos que, aunque formalmente representativos, presentan serias limitaciones en su funcionalidad deliberativa y pluralista. Asimismo, los resultados destacan la vigencia de las observaciones de Michels al evidenciar que, incluso en entornos democráticos consolidados, las organizaciones políticas no son inmunes a la progresiva concentración de poder y a la exclusión estructural de sectores disidentes, lo que debilita la calidad de la representación y el pluralismo interno. Este análisis ofrece una contribución relevante al debate académico al aplicar una teoría clásica como la Ley de Hierro a un caso contemporáneo, llenando un vacío en la exploración sistemática de las dinámicas internas del peronismo en la era kirchnerista y proporcionando un marco teórico robusto para futuras investigaciones sobre las tensiones entre poder y democracia en América Latina.

No obstante, el trabajo no está exento de limitaciones, el enfoque temporal acotado al periodo 2003-2011 excluye una visión más amplia que incluya las transformaciones del sistema político argentino en años posteriores y su comparación con otros contextos nacionales. A pesar de estas limitaciones, los resultados obtenidos proporcionan una base sólida para futuras investigaciones que podrían explorar la evolución de las dinámicas oligárquicas en el sistema político argentino tras la era kirchnerista, así como realizar estudios comparativos con otros países de la región para examinar si patrones simil de centralización y exclusión han surgido en diferentes entornos políticos y culturales.

Así, este trabajo no solo permite comprender las complejidades del poder político en el contexto argentino, sino que también invita a reflexionar sobre los desafíos estructurales que enfrentan las democracias contemporáneas para equilibrar la concentración del poder con la representación inclusiva y el pluralismo. La investigación destaca la importancia de continuar explorando cómo las organizaciones políticas, motivadas por la necesidad de gobernabilidad y eficiencia, tienden a reproducir patrones oligárquicos que comprometen los principios democráticos fundamentales. Por ello, el análisis de las prácticas de centralización del poder y las tensiones en la representación política no solo es relevante para el caso argentino, sino que también contribuye al debate académico sobre el futuro de la democracia en América Latina, subrayando la necesidad de impulsar reformas institucionales y culturales que fortalezcan la participación y la deliberación ciudadana para contrarrestar las tendencias oligárquicas. Este trabajo, en suma, permite avanzar en el entendimiento de cómo las dinámicas de poder moldean las estructuras

democráticas y ofrece un marco analítico para abordar los desafíos que persisten en busca de una democracia más inclusiva y plural.

Bibliografía

- Acebey Marinaro, J. C. (2023). El liderazgo presidencial de Néstor Kirchner: de la debilidad a la fortaleza a partir de la conquista de recursos de poder. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 1(31), 344-362. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinacienciapolitica/article/download/9430/8031>
- Beccaria, A., & Danani, C. (2012). La política previsional argentina 2003-2011: balances, desafíos e incógnitas sobre la protección. *Argumentum*, 4(2), 59-79. <https://www.redalyc.org/pdf/4755/475547481007.pdf>
- Belini, C. (2008). La industria peronista. Edhasa. <http://core.cambeiro.com.ar/0-154942-1.pdf>
- Calvo, E., Escolar, M., & Pereti, G. (2005). La nueva política de partidos en Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral. Editorial Prometeo.
- Cherny, N., Feierherd, G., y Novaro, M. (2010). El presidencialismo argentino: De la crisis a la recomposición del poder (2003-2007). *América Latina Hoy*, 54, 15-41. <https://www.redalyc.org/pdf/308/30813328002.pdf>
- Diaz Galmes, V. (2023). Presidencialismo y concentración de poder. Retomando el debate. *Identidades*, 25(13), 117-130. <https://iidentidadess.wordpress.com/wp-content/uploads/2023/11/6-identidades-25-13-2023.pdf>
- Freidenberg, F. (2006). DEMOCRACIA INTERNA: RETO INELUDIBLE DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS. *Revista de DERECHO ELECTORAL*, (1), 1-17. <http://repositorio.ub.edu.ar/bitstream/handle/123456789/4789/Ciencia%20Pol%C3%ADtica.pdf?sequence=1>
- Guzmán, I. J. (2023). LA BUROCRACIA Y SUS TENDENCIAS ANTIDEMOCRÁTICAS. IAPCS - Universidad Nacional de Villa María. <https://www.aacademica.org/xii.congreso.de.administracion.del.centro.de.la.republica.viii.congreso.de.ciencias.economicas.del/5.pdf>
- Kinen, E. N. (2011). Los partidos políticos en la Argentina. Konrad Adenauer Stiftung.

- Leiras, M., & Tuñón, G. (2007). Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003. *Revista SAAP*, 3(1), 245-247. <https://revista.saap.org.ar/contenido/revista-saap-v3-n1/Resena%20Leiras.pdf>
- Manin, B., & Dos Santos, M. (1985). Metamorfosis de la representación. *UNTREF VIRTUAL*, 1-36.
- Mazzuca, S. (2002). ¿Democratización o burocratización? Inestabilidad del acceso al poder y estabilidad del ejercicio del poder en América Latina. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 4(7), 0. <https://www.redalyc.org/pdf/282/28240703.pdf>
- Michels, R. (2021). *Partidos políticos: Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu editores.
- Mouffe, C. (2007). En torno a lo político. Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, M. A., y Retamozo, M. (2008). Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner. *Perfiles Latinoamericanos*, 31, 121–149. <https://www.scielo.org.mx/pdf/perlat/v16n31/v16n31a6.pdf>
- Ollier, M. M. (2008). La institucionalización democrática en el callejón: La inestabilidad presidencial en Argentina (1999-2003). *América Latina Hoy*, 49, 73-103. <https://revistas.usal.es/index.php/1130-2887/article/download/1351/1422/>
- Ollier, M. M. (2010). El Liderazgo Presidencial: Síntoma De Un Patron Democrático Sudamericano. Escuela de Política y Gobierno, UNSAM-Argentina. <https://liderazgo-politico.com.ar/bibliografia/Ollier-LASA.pdf>
- Ollier, M. M. (2014). Presidencia dominante y oposición fragmentada: una construcción política. Néstor y Cristina Kirchner (2003-2011) (Documento de trabajo n° 5). UNSAM Edita. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/epyg-unsam/20171031041849/pdf_1171.pdf
- Saettone, F. M. (2012). La transformación de los partidos políticos modernos: el caso del Partido Justicialista en Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 2(3), 196–226. <https://revistas.unla.edu.ar/perspectivas/article/download/617/651/1300>
- Svampa, M. (2019). Posprogresismos, polarización y democracia en Argentina y

Brasil. NUEVA SOCIEDAD, 282, 122-134.

[https://notablesdelaciencia.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/152619/CONI
CET_Digital_Nro.a8f49f2b-cb59-4c5f-a3d0-
6acf3f82e17d_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y](https://notablesdelaciencia.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/152619/CONI CET_Digital_Nro.a8f49f2b-cb59-4c5f-a3d0-6acf3f82e17d_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y)